

Habría podido ser una buena noticia para la política colombiana. Se esperaba que el paso formal de Álvaro Uribe a la oposición contribuyera a mejorar la calidad de la deliberación pública y del control político. Porque, desde que comenzó a oponerse al gobierno Santos, Uribe demostró que tiene con qué hacer muy bien la tarea. Que no solo logra despertar el interés de los colombianos sobre lo que hace o deja de hacer el Gobierno al que se opone, sino porque lo pone contra la pared cuando se trata de cuestionar sus políticas públicas.

Pudo haber sido una buena noticia, pero, lamentablemente, Uribe no ha optado por los canales institucionales de la oposición política. Esto es, porque ha preferido irse por los cauces paralelos a los establecidos en el sistema político colombiano.

Para comenzar, decidió hacer oposición por fuera de los partidos políticos, en particular del partido de 'la U', que él mismo creó para hacerse reelegir y en el que mantiene un indiscutido liderazgo. Qué bueno habría sido que dentro de 'la U' hubiera dado un debate a fondo sobre la calidad del gobierno y de las políticas de Santos. No solo habría forzado un mejoramiento de los debates de control político, sino, además, una depuración de los intereses oportunistas que se nutren de los favores políticos. En su lugar, optó por crear un Frente de Unidad en contra de los Terroristas, con el que busca restar legitimidad a cualquier acción que el Presidente emprenda para llegar a la paz.

Sin embargo, en su tarea opositora, Uribe ha olvidado que hay temas como la lucha contra el terrorismo en el que política e institucionalmente no puede haber fisuras o filtraciones. Es el único en el que los ciudadanos no se pueden separar del Gobierno ni del Estado. Ni se pueden promover acciones por fuera de los canales establecidos y de las vías institucionales. El tema de la paz ha sido exclusivo y excluyente del Presidente. Es el Jefe del Estado y comandante supremo de las Fuerzas Militares. Y los colombianos lo hemos aceptado. Aceptamos cuando Pastrana quiso buscar una salida negociada y fracasó. Y también cuando Uribe optó por el camino de la guerra y tampoco pudo. Tuvo todo el apoyo cuando pidió el incremento del pie de fuerza y aumentó el gasto militar a proporciones nunca antes vistas. E, incluso, no se le cuestionó su decisión cuando la guerra degeneró en los 'falsos positivos', las capturas masivas en los pueblos o el soporte informal de los paramilitares a la seguridad democrática, a que pudieron haber dado lugar los estímulos de los lunes de recompensa o los ciudadanos informantes.

Es evidente que, en el ejercicio de la oposición, Uribe está dispuesto a ir más allá de la deliberación pública y el control político. No se trata solo de cuestionar la política.

En el discurso de lanzamiento de su nueva plataforma, el expresidente demostró que los argumentos no son suficientes, sino que también hay que enlodar al enemigo o, si es necesario, hay que propiciar la fractura de las instituciones que lo sostienen. Acusar al Gobierno de ser cómplice de los terroristas o de los narcotraficantes no contribuye en nada a esclarecer los problemas. Y tampoco es poniendo a la tropa en contra del Presidente como se logran resultados. Incitar a la sublevación o forzar la fractura institucional no es un camino. Lo es para los ilegales, pero no para los que están regidos por el Estado de derecho.

Pero quizá lo más preocupante es el carácter ambiguo y poco transparente de ese Frente de Unidad en contra de los Terroristas, en el que no se sabe quién va a estar detrás de cada iniciativa. Son los ‘paraopositores’, para quienes, en la tarea de oponerse, todo vale. Incluso, demoler las propias instituciones.

[http://www.eltiempo.com/opinion/columnistas/pedromedelln/ARTICULO-WEB-NEW\\_NOTA\\_INTERIOR-12014929.html](http://www.eltiempo.com/opinion/columnistas/pedromedelln/ARTICULO-WEB-NEW_NOTA_INTERIOR-12014929.html)